

La clausura o la soledad del corazón o, cómo custodiar el corazón (Mother Gail Fitzpatrick)

El tema que he seleccionado para las reflexiones de esta noche pueda que les parezca extraño. Es evidente que el clausura es un asunto relevante a los monasterios, pero ¿qué es lo que tiene que ver con la gente laica, los hombres y mujeres que viven vidas llenas y ocupadas adentro del mundo?

Hay dos razones por las cuales escogí este tema. Una es que el clausura es una realidad de nuestra vida como monjes y monjas cistercienses, y hoy estamos involucrados en el estudio y discusión para discernir de qué manera se nos exige vivir esa realidad de una manera auténtica en el siglo veintiuno. Así que se trata de un tema de actualidad—uno que se va a discutir ampliamente en la Convocación General.

La segunda razón deriva de la experiencia de los Asociados Laicos de los Cistercienses de Iowa. Hace unos dos años, los Asociados nos pidieron que les habláramos acerca del clausura para ayudarlos a entender mejor de qué se trata, y cómo ellos pudieran apreciar mejor este aspecto de nuestras vidas. Así lo hicimos, y tuvimos una buena discusión sobre los diferentes niveles del clausura. Al final, llegamos a la siguiente pregunta: ¿Tendrá esta práctica monástica alguna vigencia en nuestras vidas como mujeres y hombres laicos?

Un año después, supe que muchos de los asociados habían adoptado esta disciplina monástica y hecho cambios importantes en sus vidas siguiendo el espíritu del clausura y la soledad del corazón. Me conmovió la respuesta tan seria que dieron a esto. Más adelante, me gustaría compartir con ustedes algunas de sus experiencias. Pero ahora quizás podríamos considerar ¿qué es lo que es el clausura para los monjes y las monjas? ¿Cuál es su objetivo y su valor? ¿Cómo es que uno lo vive?

Yo diría que hay tres niveles o maneras de entender la palabra clausura. Una es de índole material. Si ves un cartel en una cerca o una puerta que dice "clausura," tú sabes inmediatamente que sólo los que pertenecen a una comunidad monástica pertenecen también adentro de ese límite territorial. El "clausura" es un espacio particular, claramente demarcado, adentro del cual pueden entrar solamente las personas que son miembros y, asimismo, del cual pueden salir esos mismos miembros por razones específicas.

Una segunda manera de entender el clausura es jurídica. Nos referimos al "clausura papal", "clausura constitucional", y actualmente nosotros los Cistercienses hablamos de "clausura monástico." Estas designaciones se refieren a tipos de leyes. Para que la Iglesia nos reconozca como orden monástica, debemos escoger qué forma de clausura es la más apropiada para nuestra forma particular de vida, y la Iglesia debe aprobar esa elección. Cuando esto ocurre, la comunidad y los miembros de esa comunidad están obligados a vivir dentro de ese marco de referencia jurídico. Este aspecto se discute actualmente dentro de la Orden. Involucra especialmente a las monjas de la Orden, pero también afecta la vida de los monjes.

Ahora llegamos al tercer nivel. ¿Qué tiene que ver la práctica material y jurídica con la vida?

¿Cómo afecta, o cómo se supone que afecte, la vida espiritual de los monjes y las monjas? Para citar a Dom Ambrose Southy en su carta a la Orden en 1985, "el clausura no es valor monástico. Es el sostén material para proteger algo que sí es un valor monástico—la soledad.

Otra manera de expresar esto sería en términos de la pureza del corazón. Cassian nos enseña que la pureza del corazón es la meta de la vida monástica. Yo veo la práctica o disciplina del clausura como una manera de custodiar el corazón. Cuidar el corazón significa reconocer que muchas cosas pueden ser buenas en sí mismas, pero quizás no conduzcan a que virtudes como el amor, la compasión, el concentrarse en Jesucristo, el don de sí mismo y el rezar cada hora para el Reino, se asientan en el corazón. Muchas cosas son buenas, pero cuidar el corazón es discernir constantemente el llamado de Dios, el llamado del amor, y es también expurgar del recinto más íntimo lo trivial, lo curioso, y la animadversión que destruyen el reino de la paz divina adentro de uno mismo.

En un documento reciente sobre el clausura, una monja cisterciense escribe: "El corazón del sujeto monástico se convierte en el espacio donde toda la creación entra en el silencio de Dios y en el silencio de la adoración. El verdadero clausura es el corazón que uno dedica al amor indiviso de Dios, no el espacio encerrado del clausura.

Dom Bernardo, en su comparecencia ante el Senado de Obispos sobre el tema de la vida religiosa, dijo: "La soledad del corazón y la concentración de todas nuestras fuerzas en la búsqueda de Dios requiere una soledad interior que se fortalece por medio de la soledad exterior.

Cuando hablamos del clausura material, mencionamos que el anuncio del clausura es como una puerta que puede, a la vez, permitir e impedir la entrada como permitir e impedir la salida. El clausura conlleva, por lo tanto, una doble función. Así que podríamos preguntarnos: ¿qué es lo que el clausura excluye del monasterio? San Bernardo en el siglo XII hizo una lista que todavía tiene vigencia. Escribió: "Disfrutará la soledad si usted rehúsa chismorrear, si evita involucrarse en los problemas del momento y no se deja llevar por las fantasías de las masas, si usted rechaza lo que todo el mundo desea, si evita la confrontación, toma las pérdidas a la ligera, y no responde a los ataques e injurias" (S de S 40: 4-5).

A la lista de Bernardo, yo añadiría una lista de las bestias del siglo XXI a las cuales se cerraría la entrada: los "ismos" culturales, como el consumerismo, el materialismo, el secularismo, los ídolos del mundo de los entretenimientos y los deportes, y los excesos de los medios de comunicación. Siempre hay una fina barrera de discernimiento entre lo que se debe saber—para llevar el peso y los sufrimientos de nuestro mundo a la oración—y lo que es demasiado...lo que es sencillamente curiosidad y flojera. Yo también agregaría esta pregunta al proceso de discernimiento: ¿Qué es lo que se necesita? ¿Qué es lo que hace falta para la verdadera relajación y el verdadero disfrute de la vida? De seguro, ustedes podrán aumentar la lista a partir de su propia experiencia. El propósito del discernimiento es el siguiente: ¿Qué es lo que nutre al espíritu? ¿Qué es lo que promueve la pureza del corazón?

Aquí hemos usado la analogía de una puerta que impide la entrada como la señal que marca un límite. Me gustaría hablar brevemente sobre la experiencia vivida adentro de esa puerta o más allá del anuncio que dice "clausura". Yo entré a la vida cisterciense en 1956. Durante todos estos años, he visto muchas veces el otro lado de la puerta o lo que está del otro lado del cartel del clausura—todos los días. Yo nunca lo he experimentado como una barrera o algo que encarcela. Al contrario, he sentido una unión con la gente, especialmente con los que sufren. Conozco a monjes que han experimentado el llamado a una profunda unión en Cristo con gente que sufre de diferentes maneras. Una monja que conozco siente una gran compasión por las mujeres—especialmente en nuestro mundo contemporáneo—y reza con lágrimas por las que sobrellevan la carga de la violencia. Parece cierto decir que, conforme se delimitan o se recortan las experiencias y los compromisos, uno puede calar aún más a fondo. Esto no es solamente un fenómeno de la vida monástica, pero es consecuencia viva de una mayor soledad y el cultivar conscientemente el resguardo del corazón.

Hace falta una cierta distancia para sostener tanto la luz de la presencia de Dios como la oscuridad de la sombra del mal en nosotros y en los demás, y para poder responder a profundidad. Esta distancia o espacio puede ser física, como en el caso de los monjes y monjas. Para ustedes, la distancia puede ser virtual. Ese es el reto que tienen como laicos cistercienses.

La esencia del clausura es la custodia del corazón. El propósito de custodiar el corazón es poder estar totalmente disponible a Dios y al trabajo de conversión, compasión, y contemplación a los cuales nos llama Dios como Cistercienses—seamos laicos o religiosos.

Me gustaría decir algo acerca de esta trilogía: Conversión, Compasión, y Contemplación—éste es el fundamento de la espiritualidad Cisterciense (Los pasos del orgullo y la humildad). El primer grado de la verdad es el auto-conocimiento. Es ese radical conocimiento de sí mismo que no se puede subvertir. Reconozco en mí misma la imagen de Dios—el hijo querido y agraciado de Dios. Reconozco también en mí misma el despreciar de esa imagen debido a mi propio olvido, egoísmo, o cualquier otra manera en que me coloco ante Dios y ante los demás. Esta honestidad en verse a uno mismo es el principio de la conversión, el movimiento más allá de mi misma.

Conforme opera en mí la gracia de la conversión, descubro el segundo nivel de verdad, que es la compasión. Llego a conocer y a entender a los otros a través de mis propias debilidades. No se aprende la compasión a través de la fuerza; al contrario, la aprendemos a través de nuestras debilidades. Y es la aceptación de nuestras propias debilidades y de nuestra vulnerabilidad, y la de nuestro prójimo, el medio por el cual nuestros corazones se purifican y Dios se nos revela de diferentes maneras. Podemos ver a Dios. Esto es la contemplación. Bienaventurados los puros de corazón, pues ellos verán a Dios.

Este es el trabajo de los Cistercienses—el trabajo de la conversión, la caridad de la compasión y la dicha de la contemplación. Estas siempre están operando en nosotros...nunca las podemos tener todo a la vez...¡ya que nunca terminamos! San Bernardo escribe: el taller donde debemos aplicarnos con desvelo a la ejecución de estas tareas es el clausura del monasterio y la

estabilidad que se encuentra en la comunidad.

Una vez más, regresamos al clausura. Yo no pretendo saber de qué manera los hombres y las mujeres laicas puedan integrar esta práctica monástica a su vida diaria. Algunos laicos asociados han mencionado varios cambios que han hecho en su estilo de vida, o nuevas realizaciones que han tenido.

Yo diría que éstos se pueden agrupar bajo tres categorías: un lugar sagrado, el uso limitado de los medios de comunicación masivos, y la reverencia y el respeto hacia todas las personas.

Probablemente muchos de ustedes han establecido en sus casas "un lugar aparte" para el silencio y la oración. Esto no significa que se separan de su familia y amigos, pero que han creado un lugar para concentrarse, para centrarse en Dios. Para una pareja, su práctica diaria de rezo era el automóvil, mientras conducían al trabajo cada mañana. Para ellos, la alabanza matutina y el rezo en quietud determinaban el tono de cada día. Para otra pareja, el cuarto piso de una oficina se convirtió en una especie de "clausura" ¡porque no mucha gente quería subir tantas escaleras! A veces, la reflexión sobre la soledad puede facilitar a alguien a apreciar la soledad que ya está presente en su vida. Una persona que vive sola me dijo que nuestra plática sobre el clausura la ayudó a reconocer el valor de su propio "clausura sin querer." Ella dijo: "No tenía ningún sentido antes de que empecé a pensar en ello como un aspecto natural del modo de vida monástico que he adoptado.

El uso de los medios masivos de comunicación, la televisión, y los periódicos representa un área que es necesario delimitar. Sé de parejas que han eliminado la televisión totalmente de sus casas o que han reducido drásticamente el tiempo que consumen frente a la televisión. Tal como lo puso uno de ellos: "Ahora estoy más consciente de lo que se introduce en mi entorno personal." Otra lo expresa en términos del efecto en su propia vida interior de los mensajes y las perspectivas que se promueven por el medio televisivo. No se trata necesariamente del temor a que uno pueda contaminarse de esos valores o falta de valores, sino más bien de sentir una depresión o enojo sobre lo que los medios masivos de comunicación reflejan acerca de la cultura y el mundo en que vivimos. Estos comentarios reflejan, a mi juicio, un resguardo activo y dedicado del corazón.

La reverencia hacia las personas y el estar pendiente de las necesidades del prójimo de manera concreta y con actitud de rezo es ciertamente una prioridad. Se necesita un sentido de equilibrio y la aptitud para establecer límites tanto en la vida laica como en la vida monástica. Hace falta discernir para poder determinar cuando una "interrupción" es Cristo disfrazado, y cuando es un reto del cual sería mucho mejor desprenderse.

Otra manera de explicar lo que es el discernimiento es como un proceso de filtración. Uno debe preguntarse acerca de cada estímulo, cada actividad, cada relación en nuestras vidas: "¿cómo esto ayuda la meta de vivir una vida espiritual, de buscar a Dios en todos los acontecimientos y actividades de mi vida?" Este filtro lo utiliza mucha gente seria, especialmente en nuestra cultura con su sobrecarga de estímulos sensoriales; lo que es diferente es la meta.

Dejar cosas afuera es solamente un aspecto del proceso de filtración; la invitación es otra. El

clausura también significa invitar hacia el espacio íntimo de la persona a esas cosas y personas que van a promover nuestra meta de vivir conscientemente en la presencia de Dios y de encontrar nuestro verdadero ser como consecuencia de este proceso. Así que el significado del clausura se amplía para incluir la comunidad—un grupo de gente que aceptan la necesidad de filtrar y que comparten la misma meta.

Quizás quieran explorar más a fondo los vínculos entre la comunidad y el clausura o la soledad. Por último, me gustaría mencionar un aspecto de la soledad y la reverencia por lo sagrado del otro que es única a las personas casadas. Aquí voy a citar extensamente ya que no puedo decirlo tan bien como la persona quien escribió esto:

"Estoy tratando de prestar más atención a la naturaleza sacramental de mi matrimonio y a la manera en que funciona como fuente de gracia en mi vida. Parte del hecho de estar casado significa esforzarse mucho para estar totalmente abierto y accesible al otro, de no dejar nada atrás; de no tener secretos, de estar dispuesto a ser vulnerable. Pero también significa no hacer excesivas demandas, no desear más de lo que la otra persona esté dispuesta a dar. En este sentido, el clausura es un aspecto importante en mi matrimonio ya que involucra el tratar de honrar y respetar esas partes uno del otro en las cuales no tenemos derecho de entrometernos."

Para terminar, quisiera darles las gracias a los que han compartido con nosotros la experiencia de vivir la esencia del clausura que es la soledad y el resguardo del corazón en sus vidas. También quiero agradecerles a todos ustedes que están escuchando al Espíritu de Dios en sus vidas. Creo que el carisma de la espiritualidad Cisterciense se adapta fácilmente, y que el Espíritu va a respirar este don de acuerdo a la voluntad de Dios. Sabemos que el amor aumenta cuando uno lo reparte. Creo que lo mismo ocurre con la espiritualidad. Se enriquece y se profundiza en la medida en que muchos buscan entenderlo e integrarlo a sus propias vidas.

Lo que puede empezar como una atracción hacia un lugar o un monasterio en particular, puede convertirse en fuente de nueva vida y un gran fruto para el reino. Nos llama a nosotros los monásticos a una mayor autenticidad. El ejemplo de su búsqueda nos hace sentir humildes y nos impulsa [en nuestra propia búsqueda].

Vamos a terminar con San Bernardo—en oración: Que El nos junte a todos en la vida eterna.

Madre Gail Fitzpatrick
26 de Abril 2002